

«Sed amigos sinceros y realizaréis

Desde los primeros años de la fundación del Opus Dei, Escrivá de Balaguer fue poniendo por escrito algunas de sus intuiciones, especialmente con motivo de acontecimientos importantes. Una de esas ocasiones fue el Vaticano II. El 24 de octubre de 1965, pocas semanas antes de que Pablo VI clausurara la Asam-

la lengua, la conversación del que busca a Dios es como «argentum electum» (Prov. 10, 20), como plata de primera calidad. Porque las palabras del hombre justo «erudiunt plurimos», dan formación y luces claras a los hombres de buena voluntad; sólo los que no quieren recibir esa ciencia de Dios y la rechacen, «in cordis egestate morientur» (Prov. 10, 21), morirán en la pobreza de su corazón rebelde a la gracia divina.

Asistimos hoy, hijas e hijos míos, a una serie de fenómenos religiosos y sociales que, si no son del todo nuevos, presentan características muy propias de la sociedad de esta segunda mitad del siglo XX. Los problemas de todo tipo tienen un ámbito generalizado, mundial; hay una mayor sensibilidad para los males sociales: para las guerras, para las injusticias, para todas las formas de intolerancia. Ha cambiado el mundo y, quizá como resultado de los dos últimos conflictos mundiales, se va extendiendo la necesidad de una mayor concordia.

No se desea —al menos así se dice, aunque luego la realidad haga a veces dudar de la seriedad de esas intenciones—, no se desea, repito, erigir fronteras, ni atrincherarse cada uno en sus propias posiciones. El ideal es comprenderse, entenderse; con una palabra que parece resumirlo todo: el ideal es el «diálogo».

Los primeros Doce —para predicar el Evangelio— tuvieron una conversación maravillosa con todas las personas a las que encontraron, a las que buscaron, en sus viajes y peregrinaciones. No habría Iglesia si los Apóstoles no hubieran mantenido ese diálogo sobrenatural con todas aquellas almas. Porque el apostolado cristiano no es más que eso: «ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi» (Rom. 10, 17); ya que la fe proviene de oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Jesucristo.

¡Qué bien lo entendieron las primeras generaciones cristianas, de las que tanto me gusta hablar, porque son como un modelo de nuestra vocación! No vivieron más que pensando en Cristo, dando sus vidas para extender la buena nueva. No sin orgullo cuenta Orígenes cómo el pagano Celso reprochaba a los

cristianos su celo: ¡hasta los artesanos desarrollan una gran actividad para difundir el Evangelio! (cfr. Orígenes, «Contra Celsum», 1, III, c. 55). Pero deben tener buena preparación doctrinal, además del celo y de la lengua, si han de ser eficaces.

Hace ya muchos años, más de treinta, para expresar esa misma realidad empleé una frase que algunos, faltos de visión sobrenatural y sobrados de visión humana, no fueron capaces de entender. Escribí que todo cristiano debe sentirse caudillo, llamado por Dios para llevar a las almas hacia la santidad.

Todos: los grandes y los pequeños, los poderosos y los débiles, los sabios y los sencillos. Cada uno en su sitio, debe tener



Monseñor Escrivá reflejó en numerosos escritos sus enseñanzas para formar a los miembros del Opus Dei

la humildad y la grandeza de ser instrumento de Dios, para anunciar su Reino. Porque el Señor envió así a los suyos: «id y predicad, diciendo: se acerca el Reino de los cielos» (Matth. X, 7).

La Iglesia ha ofrecido siempre la buena nueva a los hombres, invitándolos a un diálogo en nombre de Dios. Y hoy «la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio» (Pablo VI, «Ecclesiam suam»).

Para que cumpláis como es debido la parte que os corresponde en la misión de la Iglesia, hace falta que no olvidéis el ejemplo de Cristo. No hay verdadero diálogo cristiano, si no es reproduciendo el modo de ser y de obrar del Señor. El ejemplo de Jesucristo nos lleva a dialogar; ese mismo ejemplo nos enseña cómo hemos de hablar con los hombres.

«Fiunt, nos nascuntur christiani» (San Jerónimo, «Ep. 197

blea, monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer redactó una larga carta en la que traza las líneas maestras para la genuina aplicación de una de las decisiones más importantes del Concilio: el diálogo que la Iglesia decidía emprender con los católicos y los no cristianos, cuyo texto inédito publicamos a continuación.

ad Laetam»); los cristianos no nacen, se hacen, escribía San Jerónimo. Hay que aprender a vivir según Cristo, hay que aprender a tratar a las gentes como las trataba Jesús. No es tarea fácil —imposible sin la gracia de Dios— hacer realidad en nuestras vidas la vida de Cristo.

Es necesaria la gracia divina y —de nuestra parte— la humildad, el esfuerzo, el examen. Es necesario sobre todo que contemplemos al Maestro, que, en la intimidad de la oración, confrontemos su vida con la nuestra.

Al invitaros a que cumpláis con valentía vuestra tarea de apóstoles, de cristianos en medio del mundo, os pido que aprendáis a hacer esa labor en la escuela de Cristo. Quisiera,

mos todos, hijas e hijos míos, apoyarnos los unos en los otros, para recorrer así el camino de la vida, convertir en realidad nuestras ilusiones, superar las dificultades, gozar del producto de nuestros afanes.

De ahí la enorme importancia, no sólo humana sino divina, de la amistad. Os lo repito una vez más, como lo vengo haciendo desde el comienzo de nuestra Obra: sed amigos de vuestros amigos, amigos sinceros, y realizaréis así un apostolado y un diálogo fecundos.

En este ayudarse los unos a los otros ocupa un puesto importante el contribuir a conocer, a descubrir, la verdad. Nuestra inteligencia es limitada, sólo podemos —con esfuerzo y dedicación— llegar quizá a distinguir una parcela de la realidad, pero son muchas las cosas que se nos escapan. Una manifestación más de la solidaridad entre los hombres es hacer comunes los conocimientos, participar a los otros las verdades, que hemos llegado a encontrar, hasta constituir así ese patrimonio común que se llama civilización, cultura.

Este diálogo no siempre es fácil, porque pueden chocar entre sí las opiniones; pero aún ese mismo choque constituye una forma más de razonar, que nos ayuda a discurrir, pues nos recuerda que podemos equivocarnos, y que a veces pensamos tener la razón, cuando sólo tenemos una explicación relativa.

Un objeto que para unos es cóncavo, para otros es convexo, os he repetido con frecuencia. Son muchas las cosas que dependen del punto de vista, y es necesario que esos puntos de vista, esas verdades parciales, se vayan sumando para llevarnos paso a paso a una amigable conversación constructiva, que se extiende a través de las generaciones y conduce a profundizar en la verdad.

Por eso he dicho tantas veces que es poco sensato tener prejuicios irremovibles, que no somos como los ríos, que no pueden volverse atrás. Hay que estar siempre dispuestos a una investigación abierta: en las cosas temporales, hay que huir de las fórmulas rígidas y prefijadas. Conviene defender, dentro de los límites de la moral y de la fe, la autónoma libertad del pensamiento, porque no se puede recortar la libertad del que trabaja

por eso, que teniendo ante los ojos ese divino modelo, repasáramos juntos, hijas e hijos míos, algunas de las características que hacen que el trato humano sea un diálogo cristiano.

El hombre dialoga siempre: en la calle, en el Metro, en el tren; con sus amigos, con sus parientes, con los compañeros de profesión o de oficio; con los conocidos o con los desconocidos, a los que encuentra casualmente. Es muy íntima esa necesidad de comunicarse, de hablar con los demás.

Dios ha hecho al hombre de tal manera que no puede dejar de compartir con otros los sentimientos de su corazón: si ha recibido una alegría, nota en él una fuerza que le lleva a cantar a sonreír, a hacer —del modo que sea— que otros participen de su felicidad; si es el dolor lo que invade su alma, aspira también a que haya a su alrededor un ambiente de silencio que le recuerde que los demás le comprenden y le respetan.

Necesita el hombre, necesita-

un apostolado y un diálogo fecundos»

Texto inédito del nuevo beato de la Iglesia, escrito poco antes de la clausura del Concilio Vaticano II sobre el diálogo con el mundo

honradamente en busca de la verdad.

Recorre así la humanidad su camino en un perpetuo diálogo. Pero en ese diálogo interviene Dios, un Dios amante y vivo: «he aquí el origen trascendental del diálogo», ha dicho el Santo Padre Pablo VI. «Ese origen está en la intención misma de Dios. La religión, por su naturaleza, es una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa con diálogo esta relación. La revelación, es decir, la relación sobrenatural instaurada con la humanidad por iniciativa de Dios, puede ser presentada en un diálogo en el que el Verbo de Dios se expresa en la Encarnación y, por tanto, en el Evangelio» (Pablo VI, «Ecclesiam suam»).

Intervino Dios desde el principio de los siglos hablando al corazón del hombre, llamándole de mil modos, haciéndole sentir la necesidad de lo divino. Intervino de modo especial con los profetas y finalmente con Jesucristo. Por boca de Jesús nos llama amigos, «iam non dicam vos servos..., vos autem dixi amicos» («Ioann». 15, 15); ya no os llamo siervos..., sino amigos.

Más aún, nos llama sus hijos: «unus est enim Pater vester, qui in coelis est» («Matth». 23, 9); uno sólo es vuestro verdadero Padre, que está en los cielos. Y como prenda de ese amor de Dios, Jesús nos manifiesta sus designios, lo que hay en el corazón del Padre. «Deum nemo vidit unquam: unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit» («Ioann». 1, 18); a Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo unigénito, existente en el seno del Padre, es quien lo ha hecho conocer a los hombres.

Hijas e hijos míos, los cristianos, los que hemos recibido de Dios el don de la fe, tenemos la misión de hablar en nombre de Dios a los demás hombres: «han de dar testimonio de Cristo en todo lugar y, a quien la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna» (Conc. Vaticano II, Const. dogm. «Lumen gentium», n. 10).

Con el testimonio y con la palabra, con el ejemplo y con la doctrina, hemos de hacer que se



EXTENSION DEL OPUS DEI POR LOS CINCO CONTINENTES

1928- El Opus Dei nace en Madrid	1963- Australia
1945- Portugal	1964- Filipinas
1946- Reino Unido e Italia	1965- Nigeria y Bélgica
1947- Francia e Irlanda	1966- Puerto Rico
1949- Estados Unidos y México	1977- Bolivia
1950- Argentina y Chile	1980- Honduras, Zaire, Costa de Marfil
1951- Colombia y Venezuela	1981- Hong Kong
1952- Alemania	1982- Singapur
1953- Perú y Guatemala	1983- Trinidad y Tobago
1954- Ecuador	1984- Suecia
1956- Uruguay y Suiza	1985- Taiwan
1957- Brasil, Austria, Canadá	1987- Finlandia
1958- Japón, Kenia y El Salvador	1988- Santo Domingo y Camerún
1959- Costa Rica	1989- Nueva Zelanda y Macao
1960- Holanda	1990- Polonia
1962- Paraguay	1991- Checoslovaquia y Hungría

NUMERO DE MIEMBROS DEL OPUS DEI

Miembros laicos:	75.126
Sacerdotes:	1.459
Seminaristas:	349
TOTAL:	76.934

C. G. SIMON

conozca y que se ame a Cristo; y, por Cristo y en el Espíritu Santo, a Dios Padre: «éste es a quien predicamos nosotros, amonestando a todos los hombres» —con nuestro testimonio—, «e instruyéndolos a todos en toda sabiduría» —con la doctrina—, «para hacerlos perfectos en Jesucristo, a cuyo fin dirijo yo todos mis esfuerzos, luchando según el impulso que obra en mí el Señor con su poderosa virtud».

Actuando de este modo, el diálogo humano se convierte en divino. Así podemos hacer nuestras las palabras del salmista, porque nuestras conversaciones se convierten en una alabanza a Dios.

Las propiedades de esa predicación del cristiano se reducen a dos fundamentales: fidelidad a la verdad, amistad con los hombres. No puede haber un diálogo fecundo sin que se dé o se cree entre los que dialogan un clima de auténtica amistad, de honradez y de certidumbre.

Hace falta ser honesto, para aceptar las consecuencias del buen diálogo. Muchas veces he considerado la diversa reacción de los primeros cristianos, en ese diálogo con los perseguidores. Unos, confesaban a Cristo; eran consecuentes y el martirio era la pena —y la gloria— de su honradez. Otros, los «lapsi», decían; y esta caída era la pena de

su falta de amor a la verdad, de su falta de amor a Cristo.

Hijas e hijos míos, no olvidéis nunca —vividlo y enseñadlo a vivir— que la verdad tiene sus derechos. No es mero producto del capricho humano, que podemos moldear a placer como el artesano moldea el barro, dándole mil formas y figuras. «La verdad está en el entendimiento —decía Santo Tomás— en cuanto éste se conforma con el objeto conocido» (S.Th. I, q.16, a.1 c); y se podría añadir que, si el hombre no es humilde, le resultará difícil conocer y aceptar la verdad tal como es, con toda su extensión y sus exigencias.

La verdad es siempre, en cierto modo, algo sagrado: don de Dios, luz divina que nos encamina hacia Aquél que es la Luz por esencia. Y esto sucede especialmente cuando la verdad se considera en el orden sobrenatural: hay pues que tratarla con respeto, con amor. No os puedo ocultar que me ha producido disgusto ver cómo se desarrollan algunas ruedas de Prensa, convocadas para hablar de religión a grupos de personas sin rectitud de miras y sin preparación; pienso que son, por lo menos, una pérdida de tiempo, cuando no contribuyen a deformar a las almas.

Sé que me entendéis bien. No tengo nada en contra de que se

El desarrollo y la difusión del Opus Dei ha sido tan rápido y sorprendente que se puede comparar al de las grandes órdenes religiosas

hable de Dios, y de que se hable siempre que haya oportunidad. Ningún cristiano puede olvidar que Cristo sea publicado, de que se aprovechen las ocasiones para hacer que su doctrina no esté restringida a pocos, sino que se extienda a muchedumbres enteras. No me duele que se hable, sino cómo se habla. El que se trate a Dios sin piedad, sin cariño, como objeto de simple curiosidad, como mercancía de bajo precio: en una rueda de compadres ignorantes y desaprensivos, en un ambiente falto de la moralidad más elemental.

No basta, sin embargo, aceptar personalmente, en el fuero de la propia conciencia, las exigencias de la verdad. Hay que saber proclamarla, llevarla a los demás. No nos ha dado Dios la inteligencia, y luego la luz sobrenatural de la fe, para nuestro exclusivo beneficio, sino para que hagamos llegar su fe hasta los últimos confines de la tierra.

Nada debe ser más ajeno a la actitud del apóstol cristiano que la arrogancia infautada o, como ahora suele decirse, el triunfalismo. No es nuestra doctrina el fruto de nuestro esfuerzo, de nuestra perspicacia o de nuestro ingenio, sino palabra de Dios que ha venido a nosotros: no porque fuéramos mejores que los demás o porque estuviéramos más preparados, sino porque el Señor ha querido usarlos como instrumentos suyos.

Sabemos además que sólo su gracia nos hace ser fieles, que nuestra flaca voluntad puede apartarse de Dios y que, por tanto, hemos de orar según el consejo del Apóstol: «qui se existimat stare, videat ne cadat» (I Cor. 10, 12); que nadie confíe en sus propias fuerzas, sino que acuda a Dios para no caer.

Más aún: estamos persuadidos de que esa verdad divina, que llevamos, nos trasciende: que nuestras palabras resultan insuficientes para expresar toda su riqueza, que es incluso posible que no la entendamos con plenitud y que hagamos el papel de quien transmite un mensaje que él mismo no comprende del todo.

Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER

«Me duele cómo se habla de Dios, sin piedad, como mercancía de bajo precio: en una rueda de Prensa de compadres ignorantes y desaprensivos»